

DESCONECTADA

Me invade la luz del día, ya pasó lo peor, es de mañana. Pregunto y me dicen “es jueves “. Mi pensamiento se llena de listas: hacer llamados, organizar tareas, responder mensajes, conectarme a la clase. Producir, generar, idear, hacer, conectar, disfrutar, aprender, divertirme, expresar, descansar, ayudar, crear.

El aparato ha quedado muy cerca de la cama, me quedé dormida sobre el mismo que hoy me espera para “seguir”, “seguir conectada”, “seguir comunicada”, “seguir activa”, “seguir trabajando”, “seguir avanzando”, “seguir adelante”. ¿A dónde?. Hace unos días terminé una conversación con alguien y lo último dicho fue “no queda otra “ y no supe qué más decir, fue tan absoluto que me espantó, no volví a comunicarme con esa persona.

Todos los listados mentales ahora caen encima de un jueves que no quiere empezar; mis perros son los únicos que lo saben, por eso se han quedado al lado de la cama. No queremos que empiece el día. ¿Para qué? Todo puede suprimirse, evitarse o postergarse, nada es urgente hoy. Lo grave está sucediendo a pesar mío fuera y dentro de esta casa.

Despejo los ojos y escribo en el blanco del techo: “En la desidia nadie es libre”. Hoy elijo no seguir, acabo de declararme que hoy podría ser domingo. El día en el que no hace falta explicar nada, todo se da por entendido: es domingo. “No pude atenderte”, “no hice el llamado”, “no pude enviar el mail”, “olvidé tu mensaje”, “no hice la transferencia”, se justifica solo: es domingo.

Amanece igual y he demorado la rutina de estiramiento, sin embargo he acercado el aparato hasta la cama, lo enciendo y repaso en mi cabeza las listas, intento prioridades, no las hay. Paso mis manos sobre las letras, pensando en mi pelo enredado de ayer, me acaricio y se caen algunos hilos sobre el teclado, en este tiempo mi pelo se ha puesto de un color extraño, podría no ser mío. La luz blanca de la pantalla se refleja en mis hombros, me veo mas pálida que nunca. Entonces decido: bajo la pantalla, cierro la caja y con un suspiro de borracha -porque es casi risa- caigo sobre la almohada.



Exhalo fuerte, inmensamente, estiro mis muslos se ponen tiesos, se traban las rodillas como enojadas, escupo aire, me digo: “no”. No voy a hacerlo, no me enderezaré, no estaré conectada, no frente a eso otra vez. No, es no. Se escapan dos lágrimas en mis ojos abiertos, deben ser sabrosas porque mi perra las lame con ternura. La miro y le digo con los ojos: “Es jueves, pero podría ser domingo no?” Ella me guiña un ojo a su manera.

Apagar la pantalla me da una euforia que siento de la garganta a la pelvis, mi pecho se arquea hacia delante como una paloma, aún hay partes de mi cuerpo semidormidos y eso le suma placer al sentir. Me divierte pensar en los que no pueden hacerlo, el sarcasmo de imaginarlos dentro la pantalla, dividida en cuadrículas me da placer. Quizás aguarden unos segundos por mi, que no llegaré nunca a la “reunión”, hasta que me olviden por completo y pasará a ser nada. Me divierte saber eso tan predecible, recuerdo mi nombre en un cuadrado negro silenciado o mi cara de maniquí interesado a cámara y esta vez me río con sonidos (jajaj...) me tapo la boca de vergüenza, (jajajaja..) sigo tentada con risitas secretas para mi, nadie en la casa lo ha notado.

Empiezo a sentir en todo el cuerpo la emoción de “no estar conectada”. En el cuarto, en las sábanas, en mi camisón, no estoy. Me cubro y huelo dentro por primera vez, me tapo la cara, me hundo ya no hay risa, ni aire. Estoy desconectada. No estoy.

Sobre el impecable acolchado beige caen uno a uno los rostros de los “conectados”, son como azulejos negros con rostros incrustados en un cuadrado negro, desde mi escondite juego a ordenarlos sobre el abrigo de la cama. Los veo trabajar, levantar la mano, hacer cara de concentrados y siento el peor sentimiento que conozco por ellos. Sacudo el cobertor desesperada, pateo hacia las esquinas voy y vengo sobre mi misma hasta que me detiene el vértice del aparato oscuro que reposa cerrado en un rincón de la cama. Me limita, se acaban las patadas. Sigue cayendo las cabezas degolladas sorbe mi. Se han metido en mi cuarto, ahora están en mi cama observándome. Me tapo y sigo sacudiendo, siguen encima mío el cubrecama se ha vuelto pesadísimo, me asfixia, necesito salir. Entonces me sigo moviendo bajo el aplastante peso, mi perra ladra, el otro mira como una estatua mis movimientos. De un lado al otro sacudo, me agito hasta que arranco la pesada manta, la hago un bollo y la pateo lejos. Con eso se va todo lo que hay en mi pensamiento.

Regreso a mi sitio, me lanzo con soltura al mar de mi cama blanca, enorme y tibia. Ya en el regazo abrigada y suelta, me siento empoderada. En la esquina de mi pie ha quedado el aparato, cerrado y negro. Lo alejo de mí con el borde de mis deditos de un pie que llegan a tocarlo mínimamente, lo empujo con fuerza que concentro desde mis piernas, lo corro como a un cadáver, con miedo y respeto. Lo seguiría haciendo hasta tirarlo al piso, si pudiera. Pero se queda en el límite del colchón lejos de mí y agarrado por su propio peso. Ya no me importa.

Sonrío y miro el techo. Mi techo blanco que tanto sabe de mí en el desvelo. Yo escribo y dibujo fantasmas en mi techo. A veces transcribo esos papelitos y quedan ahí grabados, los reconozco a través del tiempo, ahora disfruto de reencontrar mis anotaciones en este estado. Tengo todo lo que necesito: me han traído café batido y un trozo de dulce de batata descansa sobre un troquel de pastillas desde anoche. “Todo en bien”, me digo.

Guardo por un rato mis manos entre los muslos que en este tiempo han perdido separación, lo noto cuando se frotan al caminar; los acaricio, ellos están más unidos que siempre. Miro la caja negra a mis pies y agradezco algunas cuestiones prácticas: que no tenga sonido, que no vibre, que no reciba llamados, que no de avisos ni tenga alarmas. Y escribo con la vista en mi techo blanco: “se ha vuelto imprescindible tener una caja muerta en las manos.”

No he abierto la persiana, sigo en la misma posición hace horas, disfruto mirar la escasa luz que se cuele por los hilos de los postigos. Sol de este jueves que ha venido a invadir mi domingo. Y si agudizo el oído puedo ver las escobas de los que barren del cordón de la vereda mi basura; sobre la misma calle oigo las motos que van y vienen con mensajes y comida. De un contenedor de residuos al otro hablan un cartonero y una familia entera que rebusca dentro de esos ataúdes ropa, juguetes, sacan un inodoro y se llevan un triciclo en su carro. Siguen su camino juntos una mujer, un hombre, tres niños y un carro.

Cuando pongo mi basura en contenedores, siempre miro dentro primero, porque una vez en un barrio cerca de casa, un hombre dejó a una chica ahí envuelta en bolsas de residuos. Su cuerpo permaneció unas horas hasta que el camión de residuos se lo llevó, recién muchas horas después fue encontrada por un operario de la planta de procesamiento de basura. Se llamaba Ángeles y tenía 16 años cuando un femicida la violó, la golpeó, la mató y la tiró a la basura. Cada vez que abro una tapa de contenedor pienso en ella, y en tantas otras. Tirar la basura es un acto de mucha conciencia para mí, lo hago con cierto temor y con tristeza a veces.



Aunque escuche los barridos en la vereda, he decidido no sacar mi basura hoy, porque no voy a moverme de la cama. Porque podría ser domingo y nadie se llevaría la basura. Hay muchas cosas que están sucediendo y me hacen decidir que hoy podría ser domingo. Si un médico está de guardia hoy, la enfermera acaba de terminar su turno y llega otra a su

puesto, los motoqueros llevan y traen comida y los taxis circulan vacíos por las avenidas, puede ser domingo. Si la maestra corrige pilas de pruebas y plancha su delantal para mañana y el mal estudiante completa su tarea esta noche apurado, hoy puede ser domingo. ¿Podrá dormir la maestra como yo?, ¿Llegará bien la enfermera a su casa?, ¿Tendrá miedo la mujer taxista cuando circula sola por un barrio oscuro?, ¿Dormirá el médico con la maestra? , ¿Y el motoquero con la enfermera ? Los linyeras ¿dormirán más cómodos en las escalitas de los cajeros?, ¿serán menos ignorados si hay pocos peatones?

Hoy podría ser domingo, los colectivos llevan poca gente, los niños pueden salir a caminar pero tienen prohibido jugar a la pelota, los abuelos no pueden ir a la plaza; la señora puede ir de compras aunque sin florerías ni mercados; el corredor puede hacer sus kilómetros pero con la boca tapada, las viejitas pueden rezar el rosario, pero no ir a la misa. Mi amor puede asar la carne al fuego, pero sin invitados y yo puedo permanecer aplastada sobre mí misma todo el día.

Eso no es domingo.

No considero bajar de la cama, el piso es un charco helado que recorre los pasillos y se ha acumulado un olor intenso a lavandina bajo la cama, es una aun más potente que todas las otras. Lejos, en el comedor han quedado mis pantuflas, no tengo deseo de hacer ese recorrido, prefiero observar el halo de luz que se vela en hendidias de la ventana y rosar con mis uñas las pelusas de mis perros que sobrevuelan a la luz del rayo. Rayo que va hasta la pared y pasa por el espejo. Se ve todo más bello desde este punto de la cama: ventana, pared y el espejo lucen como nuevos sin mi reflejo y mi techo, sostén secreto. Podría ser un domingo perfecto. Pero no lo es.

Podría ser el domingo prometido que ha venido a quedarse. Podría tomarme otra pastilla y quedarme así eternamente con mi café tibio, dulce y sueños. La espalda no dolería, el cuello se desencajaría, las piernas se aflojarían y toda la impunidad me abrazaría . O podría desenroscarme, pegar un salto y levantarme, caminar, hacer saludos al sol y empezar la rutina que está escrita en mi mente y en el techo de todas las casas.

Pero desde acá puedo ver una parte de sol, y me alcanza con tocar sus partículas para saludarlo desde la quietud de mi claustro, aposento reencontrado por mí, este tiempo. LA cama ya no es un lugar de paso y yo puedo cumplir mi capricho. Yo, Salomé con bandeja negra y sobre ella servida mi cabeza. Me debo un domingo eterno sin cabeza.

Parece que afuera ha bajado la temperatura, siento un viento distinto al de siempre, puedo escuchar el ruido de mis intestinos, pero la taza de café no ha podido con el frío, sobre el dulce de batata dos moscas copulan intermitentemente. Algo ha cambiado debajo de mi espalda, una fuerza helada penetra desde abajo y me empuja hacia adentro. ¿Por qué me miran así mis perros? No se asusten soy yo que me alejo, o me quedo según decida, según desidia.



GENOVEVA CLARIÁ

8 de Mayo de 2020, Villa San Nicolás, Córdoba . Argentina